

LA CUARENTENA

Rafael González Mas

La cuarentena

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 LA CUARENTENA

© Rafael González Mas

gonzalezmas@terra.es

© 2012 Editorial: Vision Libros

C/ San Benito, 21, Local 28029 Madrid

Tel: 0034 91 3117696 Web: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9011-483-4

Depósito legal: M-25954-2012

Disponible en papel y ebook

www.vnetdistribuciones.com

Pedidos a:

pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:

subscripción@visionnet.es

Amador intentaba introducir la aguja entre las vértebras lumbares del guineano para extraer líquido cefalorraquídeo. Pero el joven negro se resistía, gritaba e intentaba abandonar la mesa metálica de la enfermería, donde le mantenían sentado a viva fuerza, dos enfermeros novicios de la Casa.

—¡Coño, sujetarle mejor que se va a caer! ¡Tenerle bien sentado e inclinado hacia delante, que no puedo hacer nada!

Los novicios, jadeantes y sudorosos, con los hábitos rozando el suelo, luchaban por controlar al negro desnudo que gritaba e intentaba morder a sus inmovilizadores. Pero al sentir que la aguja penetraba entre sus huesos, finalizó bruscamente la defensa y rompió a llorar.

—¡Vamos, vamos, hombre que ya se ha acabado todo y ahora te darán el desayuno! —le animó Amador, luego de mirar al trasluz el tubo de ensayo lleno de líquido rojizo, mientras los jóvenes novicios, con las caras sudorosas, intentaban vestir al enfermo con un sayal oscuro sin mangas.

—¡Doctor, doctor, el director quiere verle ahora mismo! Le espera en su despacho. ¡Deprisa, deprisa!

Desde la puerta de la enfermería, un fraile de corta talla y cabeza rapada le urgía, moviendo mucho los brazos, a que atendiera la orden.

Amador contestó con un gesto afirmativo, mientras colocaba el tubo de ensayo sobre una repisa de mármol. Luego golpeó ligeramente la cabeza del enfermo que permanecía soportado y medio abrazado por los dos enfermeros. Y abandonó la enfermería.

Atravesó la huerta donde numerosos pacientes, en silencio, trabajaban sobre el suelo, bajo los árboles frutales y en el

gallinero, mientras un altavoz colocado en un poste, emitía consejos y rezos a los cuales se sumaban algunos enfermos cuando así eran reclamados:

—Ahora vamos a rezar juntos el Credo.

Y sin dejar de trabajar, algunos enfermos se unían al coro.

El día era oscuro, ventoso. Con el cielo amenazando lluvia. Del departamento infantil, con las ventanas enrejadas, surgían gritos, llantos y voces de niños que declamaban la tabla del cuatro, mientras el viejo maestro imponía orden con la correa del hábito en la mano.

Cristobalia, el poeta esquizofrénico, con su enorme barba teñida de rojo, al verle pasar, le gritó a través del ventanuco de la portería:

—¡Si quieres conservarte fresco y sano, no dejes tocarte el ano!

Amador le saludó agitando una mano, mientras llamaba con los nudillos a la puerta metálica en la que una placa indicaba: Coronel médico-director. Y al responder desde dentro a su llamada, abrió la pesada puerta y penetró en el despacho, aunque todavía le dio tiempo para oír a Cristobalia que le aconsejaba con su voz de falsete:

—¡El hombre con lo que más disfruta, es con la mujer y con la fruta!

El coronel médico, de vientre prominente, calva total y sonrisa socarrona, le invitó a sentarse frente a su mesa.

—Amador —dijo, mientras le ofrecía un cigarrillo de papel oscuro— tengo para ti un trabajo profesional que será muy útil en tu carrera.

Y antes de que Amador, que acababa de encender su cigarrillo, pudiera preguntar, le explicó:

—Ya sabes que hace unos días vinieron a España, en el barco Semíramis, los soldados de la División Azul que

han estado encarcelados en Rusia más de doce años. Son doscientos y pico, y entre ellos están los capitanes Palacios y Oroquieta que salen tanto en los periódicos y en la radio. El ministro, el general Muñoz Grandes, quiere que antes de volver a la vida normal, estén una temporada descansando y reponiéndose en una especie de sanatorio. Entre el personal facultativo, habrá un médico psiquiatra que les ayude. Y aunque querían que fuese yo, les he convencido para que cuenten con alguien más joven y de total confianza que tendrá mejor relación con ellos. Yo ya no estoy para esos trotes. Y a ti te vendrá muy bien para el futuro de tu carrera. Hablé con el Inspector Médico, el general Criado y está de acuerdo.

—Pero más que un psiquiatra les interesa un internista o quizás un psicólogo, porque ¿qué voy a hacer yo entre tanto excautivo? A no ser que los hayan vuelto esquizofrénicos en los campos soviéticos, lo cual no me extrañaría —indicó Amador que no veía con claridad la finalidad de aquella oferta.

El director le interrumpió con cierta brusquedad, mientras hacía gestos negativos moviendo la cabeza.

—¡Tú déjate de averiguaciones que no son nada prácticas! Además, esta será una oportunidad para tu carrera en sanidad militar. Eres capitán médico, recién ascendido y tienes mucha vida profesional por delante. Te vas a meter en un meollo entre médico y político del que debes aprovecharte.

—¿Pero que voy a sacar yo de esos líos si no comprendo nada? Como sabe, a mi sólo me interesa la psiquiatría. Y las cosas que no veo claras no me atraen.

—Bueno, bueno, déjate aconsejar y no hables con nadie de lo que te digo. Parece que han organizado un centro en Marbella, en una antigua escuela femenina de Falange, o

algo así, cedida por Girón. Es muy grande, con piscina y campo de deportes. Y allí quieren llevar a todos estos que han venido de Rusia, durante una temporada, para que se repongan y engorden.

—¡Pero eso no tiene ni pies ni cabeza! Donde mejor estarán es con sus familias, los que tengan familia. Y que les ayuden a liberarse del horror pasado. Que les den un dinero o les repongan en la carrera militar. Y al que tenga problemas se le ve en el hospital y ya está.

El director le interrumpió, mientras le dirigía gestos tranquilizadores con las manos:

—¡Calla, calla y escúchame! Esto tiene más importancia de lo que parece. Hay cosas que no sabemos, ni me lo han dicho en la Inspección. Algún interés político, o algo así que es mejor no saber. Lo único que piden a Sanidad Militar es que “un médico que conozca la conducta humana” vaya y conviva con ellos. Pero que conviva allí como médico general, nada de psiquiatra.

—Pero si alguno sufre un arrechucho cardiaco o apendicitis. ¿Qué voy a hacer yo?

—Eso ya está hablado. Si pasa algo, tienes al Hospital Militar de Málaga dispuesto para lo que se necesite. Pero no te preocupes tanto y no hables de esto con nadie. Peor es estar en el frente como me pasó a mí cuando tenía tu edad. Y cualquier cosa o lío que surja, me llamas.

Amador pensó que aquella experiencia le alejaría una temporada de los electrochoques, punciones lumbares y discusiones con los frailes enfermeros.

Muy bien, jefe. Haré lo que pueda y viviré en Marbella una temporada.

El coronel médico se levantó con expresión entre afectuosa y burlona mientras le tendía la mano. Amador era uno de sus alumnos y hasta cierto punto se comunicaban bien.

—¡Adiós y saca el mayor provecho de todo esto!

Y cuando Amador abrió la puerta del despacho para irse, le comentó:

—¡Por cierto, me olvidaba lo más importante! El jueves próximo, a las cuatro de la tarde, te presentarás en el ministerio, en el despacho del ministro, ya sabes. El general Muñoz Grandes. Te esperan. ¡No olvides los guantes ni el sable! Y allí te explicarán todo.

Había empezado a llover y los enfermos corrían y se refugiaban en los pabellones con techos de pizarra y ventanas estrechas. A través de una de ellas, Cristobalia agitaba una mano y gritaba, imitando la voz del prior cuando se celebraba misa mayor dominical:

—¡El rezo te dará suerte en el pozo de la muerte!

Amador atravesó la pequeña puerta de madera tachonada de clavos que el hermano portero, medio ciego, le abrió, luego de buscar trabajosamente la llave en un enorme llavero que le colgaba del cinturón:

—¡Adiós, hermano!

—¡Dios te bendiga, hijo!

La lluvia, tormentosa y ennegrecedora había aumentado. Amador cubrió su cabeza con un periódico que había cogido de la portería y corrió hacia la estación de tren.

